MEDITACION XXXIX

DE CÓMO CRISTO NUESTRO SEÑOR LLEVÓ LA CRUZ Á CUESTAS, Y DE LO QUE SUCEDIÓ HASTA LLEGAR AL CALVARIO

PUNTO PRIMERO

1. Cristo es desnudado de la púrpura, y vestido de nuevo de sus vestiduras.—2. Le presentan la cruz, y él la abraza con inefable ternura.—3. Ignominia de Cristo al ser llevado en compañía de dos ladrones.

Oida y aceptada la sentencia, los soldados hicieron tres cosas notables por órden del juez.

1. La primera, fué desnudar á Jesus la vestidura de púrpura y vestirle sus propias vestiduras (1), para que fuese conocido por ellas; pero no leemos que le quitasen la corona de espinas, ántes se la dejaron puesta por no le dar aquel alivio. ¡Oh dulce Jesus, muy bien habeis representado el personaje de Rey verdadero, y por eso os dejan la corona, que representa la perpetuidad de vuestro reino! Tiempo es ya que representeis el personaje de ladron y malhechor sin serlo, con las insignias de los verdaderos ladrones y malhechores. En lugar de la caña hueca que os quitan de las manos, habeis de abrazar con ellas el madero de la cruz, y en compañía de ladrones saldreis á morir con ellos en ella. Tambien se pueden ponderar las palabras afrentosas que le dirian, como á hombre condenado por facineroso, y la crueldad con que le llevaron á la sala donde le

(1) Marc. XV, 20.

habian azotado para desnudarle, dándole sus vestiduras sangrientas para que se las vistiese. Lo cual tuvo misterio, porque como Cristo Señor nuestro, para llevar su cruz se desnudó de las vestiduras ajenas que le habian puesto en casa de Herodes y Pilatos, y se vistió las suyas propias; así yo, para llevar mi cruz é imitarle, tengo de desnudarme de todas las costumbres viciosas del mundo y carne, y vestirme las que son propias de Cristo, por las cuales tengo de ser conocido y tenido por discípulo suyo, especialmente la mansedumbre, paciencia, misericordia y entrañas de caridad.

2. La segunda cosa, fué traer allí el madero de la cruz grande y muy pesado; en lo cual ponderaré lo que Cristo Señor nuestro sentiria y diria dentro de su corazon cuando le vió; cómo interiormente se regalaria con ella, y diria mucho mejor que despues dijo San Andrés: *Dios te salve, cruz preciosa, que tantos años has sido por mí deseada con gran deseo, amada con gran solicitud, buscada con grande continuacion, y estás ya aparejada para el que desea verse junto contigo*; ven, y abrazarte he con mis brazos, porque me has de recibir en los tuyos; ven, y darete beso de paz con mi boca, porque tengo de reclinar en ti mi cabeza, y dormir en paz el último sueño de la muerte. ¡Oh con qué ternura abrazaria nuestro Salvador su cruz santificándola con aquel primer abrazo! ¡Con qué ganas la tomaria en sus manos y la pondria sobre sus afligidos hombros! Oh dulce Jesus, dame gracia para que mire tu cruz con tales ojos, y la abrace con este amor, y la busque con este deseo, gloriándome de la cruz, y no descansando hasta morir en ella.

3. La tercera cosa fué, sacar de la cárcel otros

dos ladrones para que fuesen con él por el camino, como dice San Lúcas, y para que muriesen juntos (1), lo cual resultaba en grande ignominia del Salvador, para que fuese tenido por ladron y malhechor. ¡Oh con cuán diferentes ojos miraron estos ladrones la cruz, estremeciéndose con su vista y cerrando los ojos por no verla! Estos amaron la culpa y aborrecieron la pena; pero nuestro amado Jesus amó la pena y aborreció la culpa. Estos huian de la pena que merecia su culpa propia; pero Cristo aceptó la pena que merecia la culpa ajena. Gracias te doy, dulcísimo Salvador, por la dulcedumbre con que abrazaste la pena de la cruz sin la culpa, por librarme de ella; trueca mi corazon á semejanza del tuyo, porque ya que como los ladrones cometí las culpas, acepte de buena gana como tú las penas que merezco por ellas, y me ofrezca con caridad á llevar tambien las ajenas, padeciendo por la salud de mis prójimos, algo de lo mucho que padeciste por ellos.

PUNTO SEGUNDO

1. Afrenta de Jesus al salir en público con la cruz á cuestas.—2. Afliccion y dolor de su cuerpo con tan pesada carga.—3. Con ella lleva Cristo la carga de nuestros pecados.

Cargándose Jesus de la cruz, salió caminando hácia el monte Calvario (2).

1. Sobre este punto tan lastimoso tengo de considerar lo primero, la grande afrenta de Cristo nuestro Señor en aquella primera salida de casa de Pilatos, cargado de su cruz, y en medio de ladrones,

(1) Luc. XXIII, 32.—(2) Ioan. XIX, 17.

con voz de pregoneros que publicaban sus delitos y con grande gritería del pueblo, concurriendo innumerable gente á ver este espectáculo. ¡Oh ángeles, que estais mirando esta salida de vuestro Señor tan afrentosa, ¿cómo no salís de vuestro cielo á pregonar la causa de ella, para volver por su honra? Oh Padre Eterno, ¿qué haceis viendo salir á vuestro Hijo cargado con la leña de la cruz en que ha de ser sacrificado? (1). ¿Salís, por ventura, como otro Abrahan con su hijo Isaac, llevando en vuestras manos el fuego y el cuchillo con que se ha de hacer el sacrificio? ¡Oh fuego de amor, que ardes tanto en el corazon del Padre, que le haces desenvainar el cuchillo de su justicia sobre el Hijo para que sea sacrificado, y muerto por dar vida al pecador! Abrásame, Señor, con este fuego, para que ame á quien tanto me ama. Hiéreme con ese cuchillo, de modo que muera en mí todo lo que te desagrada. Pero ¿qué será la causa, Dios mio, porque no salís con vuestro Hijo, como Abrahan de noche, y con solos dos criados (2), sino á mediodia con grande estruendo de gente que se halle al sacrificio? ¡Oh fuego de amor, que ardes y luces, y quieres que tus obras resplandezcan y abrasen como el sol de mediodia! Descúbreme la grandeza de esta caridad del Padre y la profundidad de la humildad y obediencia del Hijo, para que me precie de sus desprecios, y los abrace con amor á vista de todo el mundo.

2. Lo segundo se ha de considerar la grande afliccion y dolor que sentiria el cuerpo flaco de Cristo nuestro Señor con carga tan pesada. ¿Qué de veces tropezaria y arrodillaria con el peso, por estar el

(1) Gen. XXII, 6.—(2) Ibid. 3.

cuerpo muy debilitado con los tormentos pasados? ¿Cómo sudaria de congoja, oprimido con la carga de aquel madero? ¿Cómo iria regando las calles con la sangre que corria de las llagas oprimidas y exprimidas con aquella viga de lagar que caia encima de ella? ¡Oh sangre de Dios vivo, sangre de infinito valor, mezclada con el lodo de las calles y hollada de viles hombres! ¡Oh ángeles del cielo, cómo no venís á recoger esta preciosa sangre! Y ¡cómo no ayudais á este Señor tan desangrado, para que pueda llevar tan pesada carga! ¡Oh dulce Jesus, quién pudiera llevarla sobre sus hombros, para que recibieran algun alivio los tuyos! Mas ya veo, Señor, que son menester hombros de Dios para llevarla; sobre ellos ha de cargar tu principado (1), que comienza por la cruz, y la llave de la casa de David (2), para con ella abrirnos la puerta del cielo que hasta aquí ha estado cerrada.

3. Lo tercero, tengo de ponderar cuánto más sentia Cristo nuestro Señor la carga de nuestros pecados, que la carga de la cruz; porque si David decia, que los suyos eran para él carga pesada (3), cuánto más pesada seria la carga de los pecados de todos los hombres, pasados, presentes y por venir; la cual cargó toda sobre este Señor, de quien dice Isaías: *Todos nosotros erramos como ovejas, cada uno se fué por su camino, y el Señor puso sobre él la maldad de todos nosotros* (4). Mis pecados, oh dulce Jesus, son los que cargan sobre tus hombros. Yo soy la oveja que erré, y tú eres llevado como oveja al matadero del monte Calvario, para ser sacrificado por

(1) Isai. IX, 6. — (2) Isai. XXII, 22.
(3) Ps. XXXVII, 5. — (4) Isai. LIII, 6.

mis yerros. ¡Oh quién nunca los hubiera cometido, por no te dar tanto trabajo! Pero ya que la culpa es mia, razon es que lleve parte de la pena, y que cargue sobre mí la cruz que tengo merecida. Yo, Señor, me ofrezco á llevarla como tú llevaste la tuya.

PUNTO TERCERO

1. Fatiga de Cristo en este camino.—2. Por qué quiso Cristo que otro llevase tambien su cruz.—3. Nadie quiso llevar la cruz de Cristo; y por qué.—4. Aunque todos naturalmente tenemos horror á la cruz, no obstante unos la llevan con paciencia, como el Cirineo; otros con impaciencia y sin mérito, como el mal ladron.

Caminando Jesus con su cruz á cuestas, asieron de un hombre, llamado Simon Cirinense, que venia de una granja, y le forzaron á que llevase la cruz detrás de Jesus (1).

1. Sobre este paso se ha de considerar, la grande fatiga que llevaba Cristo nuestro Señor en este camino, de lo cual tomarian sus enemigos ocasion para baldonarle, por la flaqueza que mostraba, diciendo por otra parte, que era Hijo de Dios, y que en tres dias podia levantar la máquina del templo. Todo lo cual sufria el Señor con admirable paciencia, hasta que los príncipes de los sacerdotes, temiendo no se les muriese en el camino, le quitaron la cruz, no por aliviarle, sino por la gana que tenian de crucificarle en ella. De donde sacaré consuelo en mis trabajos, y en la cruz que me cupiere en suerte, aunque sea muy pesada, confiando en la misericordia de Jesucristo nuestro Señor, que pro-

(1) Luc. XXIII, 26.

veerá quien me ayude á llevarla, acordándome de lo que dice San Pablo: *Hemos sido cargados de tribulaciones sobre todo modo, y sobre nuestra virtud y fortaleza; de manera que teniamos enfado de la vida, y tuvimos ya respuesta de muerte, pero de todo nos libró Dios, y nos librará en adelante* (1).

2. Tambien ponderaré, cómo Cristo Señor nuestro aunque pudiera llevar su cruz solo hasta el Calvario, esforzando para ello su carne milagrosamente, no quiso usar de este poder, sino que la cruz se diese á otro que la llevase tras él, para significar que la cruz se habia de comunicar con sus fieles, que á imitacion suya habian de llevarla, cumpliendo lo que habia dicho: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz cada dia y sígame* (2). Oh buen Jesus, si Vos vais delante, y llevais primero la cruz tan pesada, que os hace arrodillar, ¿qué mucho os siga yo, llevando la mia con las fuerzas que me dais para llevarla? Cruz es, Señor, la que llevo, vuestra y mia; vuestra, porque Vos la llevasteis primero, y por vuestra órden viene, y por vuestra causa se lleva; pero es mia, porque está cortada á la medida de mis fuerzas, y es para mi provecho; porque nunca me diérades vuestra cruz, si no fuera por darme juntamente los gloriosos frutos que proceden de ella.

3. Lo tercero, consideraré cómo ninguno se halló que quisiese llevar la cruz de Cristo, ni ayudarle en este trabajo; porque los judíos tenian por género de maldicion y de irregularidad tocar la cruz, por cuanto, segun la ley, era maldito quien moria en

(1) II Cor. I, 8 et seqq.
(2) Luc. IX, 23, Matth. XVI, 24, Marc. VIII, 34.

ella. (1). Los soldados gentiles teníanlo por afrenta; y entre los discípulos y amigos de Cristo, ninguno se atrevió á ello, porque el miedo los tenia acobardados; y así hubieron de forzar á un pasajero y extranjero que la llevase. En lo cual se representan varias suertes de personas, que huyen de la cruz de Cristo; unos, porque no creen la virtud que Dios ha puesto en ella, como los infieles; otros, porque la tienen por afrenta y contraria á su honra, como los soberbios y ambiciosos; otros, por temor del trabajo que hay en llevarla contra su sensualidad, como los regalados y carnales. ¡Oh quién diera fuentes de lágrimas á mis ojos para llorar como San Pablo, *los muchos que andan por el mundo, enemigos de la cruz de Cristo, cuyo Dios es el vientre, y la gloria vana para su propia confusion!* (2). ¡Oh Rey de gloria, no permitas que yo sea enemigo de tu cruz, porque no sea enemigo tuyo! No quiero tener por Dios al vientre, ni á la gloria mundana, sino á Cristo crucificado: su cruz será mi regalo y mi gloria; y siendo amigo de la cruz, lo seré tambien del que murió en ella.

4. Lo cuarto, ponderaré, cómo todos tenemos horror natural á la cruz, y no hay quien la lleve sino es en alguna manera forzado, como Simon Cirinense (3), pero en diferente manera; porque unos la llevan con impaciencia y sin mérito, otros con paciencia y mérito, haciendo de necesidad virtud, como este Cirinense; pero á otros más suavemente fuerza el mismo Dios con la eficacia de su inspiracion y de su gracia, por la cual vencen su repugnancia y la inclinacion de la carne, y con volun-

(1) Dent. XXI, 23, Galat. III, 13. — (2) Philip. III, 18-19.
(3) D. Bern. serm. 34 in Cant.

tad pronta del espíritu aceptan llevar la cruz; y como San Pablo, se glorían y gozan de llevarla en todo tiempo y lugar (1). ¡Oh dulce Salvador mio, que á ninguno quieres forzar á que lleve tu cruz contra su voluntad! Y por esto dijiste: *Si alguno quisiere venir en pos de mí, tome su cruz y sígame* (2), pues mi carne repugna y contradice á llevarla; prevéngame tu gracia, para que con ella yo la fuerce y tome de grado tu cruz, siguiéndote á ti, pues tan de grado la llevaste por mí.

PUNTO CUARTO

Considerar tres circunstancias de este hombre.—1. Se llamaba Simon, que quiere decir obediente.—2. Era extranjero, y venia de su granja á Jerusalen.—3. Su trabajo fué corto, y perdurable su gloria.

Luego consideraré las circunstancias de este hombre, que llevó la cruz de Cristo nuestro Señor, sacando de ellas el espíritu que tienen, pues no sucedieron acaso.

1. Lo primero, llamóse Simon, que quiere decir obediente, para significar que la virtud de la obediencia se señala en vencer la repugnancia de la voluntad propia, y en aceptar la cruz que Dios nos diere, de cualquier modo que nos la diere: y los obedientes son los que alivian á Cristo y á sus vicarios; los demás ántes le son carga, haciendo, como dice San Pablo, que lleven la suya *gimiendo* (3). ¡Oh Jesus dulcísimo, que tomaste la cruz por obediencia, y te humillaste á ti mismo, haciéndote obediente hasta morir en ella! Pues amas tanto á los obedientes, que no quisiste dar tu cruz, sino al que tenia nombre de obediente, dame esta soberana virtud, con la cual me sujete á tu ordenacion, haciendo y padeciendo lo que de ella procediere, aunque sea para mí cruz muy pesada.

(1) Galat. VI, 14.—(2) Luc. IX, 23.—(3) Hebr. XIII, 17.

2. Lo segundo, era extranjero, y venia de una granja caminando á Jerusalen, para significar que los que se han de encontrar con Cristo nuestro Señor y ser dignos de tomar su cruz, han de resolverse á vivir como peregrinos, y dejar el mundo, y sus costumbres agrestes y profanas, enderezando sus pasos y obras á la celestial Jerusalen; y si de esta manera deseo vivir, cuando más descuidado estuviere, encontraré con Cristo, y me hará digno de que padezca con él y por él. ¡Oh dichoso encuentro con Cristo cargado de su cruz! ¡Oh si fuese tan dichoso, que me saliese al camino de esta manera, y pusiese sobre mis hombros la cruz que llevó sobre los suyos! Simon se llamaba tambien el apóstol á quien saliendo de Roma salió Cristo al encuentro, diciéndole que volvia á Roma á ser otra vez crucificado. Vamos, oh Salvador mio, juntos, y juntos llevemos la cruz; pero no sea yo como Simon Cirinense, que la llevó y no murió en ella, sino como Simon Pedro, que fué crucificado con Vos, siendo Vos crucificado en él.

3. Finalmente, como el trabajo de Simon Cirinense duró poco, y hasta hoy dura la memoria de él y de sus hijos en la Iglesia, como de personas señaladas en virtud, y por esta causa San Márcos las nombró todas (1); así los que llevan la cruz de Cristo nuestro Señor, aunque comienzan por fuerza,

(1) Marc. XV, 21.

prosiguiendo con la paciencia de grado, su trabajo durará poco y su gloria será mucha; porque quien lleva la cruz con Cristo nuestro Señor, reinará con él para siempre en su gloria.

PUNTO QUINTO

1. Diversos fines de los que seguian á Cristo hácia el Calvario.—2. Cómo Cristo con divina autoridad nos enseña el modo de llorar su pasion, considerando la causa de ella, que son nuestros pecados.—3. Caridad del Salvador al exhortarnos á llorar nuestros males y castigos, sin acordarse de los suyos.

Seguia á Jesus gran muchedumbre del pueblo y de mujeres llorando y lamentando; y volviéndose á ellas las dijo: Hijas de Jerusalen, no querais llorar sobre mí, sino sobre vosotras y sobre vuestros hijos, porque vendrá dia en que se dirá: Bienaventurados los vientres que no concibieron, y los pechos que no criaron. Y á los montes se dirá: Caed sobre nosotros. Y á los collados: Cogednos debajo. Porque si en el madero verde se hace esto, ¿qué será en el seco? (1).

1. Sobre este paso tengo de considerar: lo primero, los diversos fines de estos que seguian á Cristo nuestro Señor, porque unos le seguian para crucificarle, como los soldados y verdugos; otros para escarnecer de él y regocijarse en verle morir, como los sacerdotes y escribas; otros por curiosidad de ver este espectáculo tan nuevo, y otros por algun conocimiento y amistad que tenian con Cristo, llorando de compasion natural los trabajos que padecia; pero ninguno de estos le seguia para ayudarle

(1) Luc. XXIII, 28 et seqq.

á llevar la cruz, ni con deseo de morir con él, al modo que habia dicho: *Si alguno quisiere venir en pos de mí, tome su cruz y sígame* (1). Oh buen Jesus, dame gracia que te siga, no como esta turba del pueblo, sino como tú quieres ser seguido, abrazando tu cruz para morir contigo en ella.

2. Lo segundo, se ha de considerar, cómo Cristo nuestro Señor, en medio de tanto tropel de gente y de tanta ignominia, conservó su divina autoridad; y volviéndose á las mujeres que le seguian y lloraban, les enseñó el modo como habian de llorar con más perfeccion, diciéndolas: *No querais llorar sobre mí, sino llorad sobre vosotras*. En las cuales palabras no prohibe el llorar su pasion, pues es justo que la lloren todos, sino el modo, llorándola solamente como miseria humana, y con olvido de la causa porque padece, que son nuestros pecados, como quien dice: No lloreis tanto por mí y por lo que padezco, cuanto por vosotros y por vuestros pecados, y por los pecados de vuestros hijos, que son causa de mi pasion. Oh Maestro soberano, que en medio de tantos trabajos no te olvidas de tu oficio; enséñame á llorar sobre ti, y sobre mí y sobre mis prójimos; sobre ti, llorando lo mucho que padeces por mi causa; sobre mí, llorando lo mucho que pequé contra ti; sobre mis prójimos, llorando sus pecados, al modo que tú muchas veces lloraste por ellos.

3. Lo tercero, ponderaré la infinita caridad de este Señor, que como olvidándose de sus trabajos, quiere que lloremos los nuestros y los de nuestros prójimos, especialmente los castigos de aquellos que no se aprovechan de su pasion y muerte para alcan-

(1) Matth. XVI, 24, Luc. IX, 23.

zar perdon de sus pecados. Y para eso nos dice aquella temerosa sentencia: *Si en el madero verde se hace esto, ¿qué será en el seco?* Que fué decir: Si á mí, que soy árbol verde y fructuoso, me castiga tan terriblemente la divina Justicia, por los pecados ajenos, ¿cómo castigará á los pecadores, que son maderos secos y desaprovechados, por sus pecados propios? Si yo inocente, he sido azotado, abofeteado, espinado y escarnecido, y ahora voy con esta cruz á ser enclavado y aheleado, ¿qué será de los culpados? ¿qué azotes, qué espinas, qué bofetadas, qué desprecios, qué hiel y tormentos vendrán por ellos cuando sean juzgados? Oh alma mia, ¿cómo no tiemblas del espantoso castigo que te espera, si eres árbol seco? Si no te mueve á llorar tus pecados, ver lo mucho que tu Dios padece por ellos, muévate siquiera ver lo mucho que tú padecerás, si no te aprovechas de lo que él padeció. Si no despiertas con las voces amorosas de misericordia que da la sangre de Cristo, vertida con tanto amor, despierta con los clamores de justicia que da contra los rebeldes esa misma sangre, derramada con tanto dolor. ¡Oh Padre Eterno, apláquese vuestra ira con lo que padece vuestro Hijo inocente! Satisfágase vuestra justicia con los frutos que produce este árbol de vida; y aunque yo como árbol seco, merezca ser cortado para el fuego del infierno, mas por sus merecimientos os suplico me ingirais en él de nuevo, para que lleve frutos dignos de vida eterna. Amen.

PUNTO SEXTO

1. Encuentro de la Vírgen con su bendito Hijo.—2. Sus afectos en este encuentro.—3. Sentimientos de Cristo en su salida de Jerusalen.

Lo sexto, se ha de considerar, cómo segun piamente se cree, la Vírgen Santísima, oida la nueva triste de la condenacion de su Hijo á muerte, salió con San Juan y con la Magdalena y otras devotas mujeres en su busca, siguiéndole con excesivo dolor por el rastro de la sangre.

1. Y al tiempo que Cristo nuestro Señor volvió el rostro á las hijas de Jerusalen, levantó sus ojos para ver á su Madre, y la Madre levantó los suyos para ver al Hijo; y encontrándose los ojos de los dos, se penetraron los corazones, y cada uno quedó traspasado de dolor con la vista del otro. ¡Oh qué cuchillo de dos filos tan agudo penetró el alma de la Vírgen, cuando vió á su amado Hijo con aquella corona de espinas, que su madrastra la sinagoga le habia puesto! ¡Y cuando vió su divino rostro tan desfigurado, su cuerpo tan acorvado con la carga de aquel pesado madero, en medio de dos ladrones, y rodeado de innumerables sayones, que por todas partes le atormentaban! Si las hijas de Jerusalen así lloraban y sentian las penas de Cristo nuestro Señor, no le teniendo más que por santo, ¿cómo las lloraria y sentiria la que le tenia por su Hijo y por su Dios?

2. Alzó luego los ojos del ánima al Eterno Padre, y vióle en espíritu, que estaba allí con el cuchi-

llo y con el fuego (1) para el sacrificio de su Hijo, y con grandes gemidos de corazon, diria: ¡Oh fuego del amor divino, que nunca dices basta (2), di esta vez basta, pues basta lo que mi Hijo ha padecido, para que el mundo quede remediado! ¡Oh cuchillo de la divina Justicia, entra en tu vaina, pues basta la sangre que has derramado, por paga de las injurias que te han hecho! Oh Padre Eterno, cese el rigor de vuestra justicia contra vuestro Hijo y mio; pues basta lo que ha pagado, para que quede satisfecha, ó convertid tambien el cuchillo contra mí, para que yo muera juntamente con él por los pecadores, porque vivir sin él, es para mí muerte, y morir con él, será vida; pero no se haga mi voluntad, sino la vuestra.

¡Oh Padre de misericordias! pues por vuestra ordenacion Abrahan fué á ofrecer el sacrificio de su hijo Isaac, sin que su madre lo supiese; ¿por qué quereis que vuestro Hijo sea sacrificado, sabiéndolo su Madre, y asistiendo ella al sacrificio? Nuevo tormento es este del Hijo y de la Madre; pues ¿por qué quereis que crezcan los tormentos del uno, con la presencia del otro? Mas ya sé, Señor, vuestra costumbre en atormentar mucho á los que mucho amais, para que crezcan mucho en vuestro amor, ó descubran el que os tienen, estimando en más vuestra voluntad que la suya, y ofreciéndose á morir por dar vida á los que le aman. Oh Vírgen sacratísima, pues tanto amais á los pecadores, que os ofreceis con vuestro Hijo á morir por ellos; mostrad conmigo el amor que me teneis, en darme á sentir los dolores que sentisteis viendo á vuestro

(1) Gen. XXII, 6. — (2) Prov. XXX, 16.

Hijo tan lastimado, para que me ofrezca á morir con él á todo lo terreno, crucificando mi carne (1) por su amor. Amen.

Últimamente consideraré, cómo *caminando Cristo nuestro Señor en la forma dicha, salió por las puertas de la ciudad, y llegó al monte Calvario.*

3. En lo cual se ha de ponderar, lo que Cristo nuestro Señor sentiria cuando salió de la ciudad de Jerusalen con aquellas insignias de pecador, acordándose cómo aquella desdichada ciudad le echaba fuera de sí, y por ello seria destruida y asolada, y su pasion seria de provecho para los demás que no tuviesen parte con pertinacia en las traiciones y maldades de ella. ¡Oh buen Jesus, que salís fuera de la ciudad (2), para que vuestra carne, figurada por la de los antiguos cabrones, sea ofrecida en holocausto por mis pecados! Ayudadme á salir de la perversa ciudad de este mundo, y de la compañía estragada de los mundanos, llevando sobre mis hombros vuestros desprecios, preciándome de ellos, y abrazando con amor vuestros tormentos.

(1) Galat. V, 24. — (2) Hebr. XIII, 11-12.